

Dos niños han venido a Madrid; los trae su madre; no tienen padre; vienen de una lejana provincia. Han venido toda la noche en un coche de tercera; a la madrugada, los dos niños habrán tenido frío, acurrucaditos en un ángulo del vagón. Llegar a Madrid, poner el pie en el andén de una estación es cosa indiferente, cuando no grata, si le espera al viajero un automóvil y si un criado está ya allí para cogerle las maletas. Llegar a Madrid, poner el pie en el andén, cuando se es pobre y no se tiene por delante esperanza ninguna, es cosa muy distinta. Al llegar a Madrid, después de tantas horas de tren, los dos niños y su madre se habrán detenido un poco en la sala de la estación. Ya estaban en Madrid; allá lejos quedaba el país natal; ahora no sabían estos niños, no sabía esta madre, lo que les iba a suceder. El criado de una casa grande era conocido de la madre; si el señor de esa casa, por indicación de su servidor, tendía su mano a los infelices que acababan de llegar, ya se habían salvado. En marcha hacia un modesto refugio; después, sin tardar, a ver al paisano. El palacio del señor estaba en la calle Ancha de San Bernardo; llegarían los dos niños y su madre casi temblando de emoción; los dos niños irían cogidos de las manos de la pobre mujer; la madre caminaría en medio. Preguntaron en la puerta por el criado conocido; este otro servidor mira el grupo con lástima. Ha escuchado la pregunta, tarda un poco en responder. Si ha tardado en responder es porque el amigo de estos infelices ha muerto hace bastantes días. Una vez, en Granada—hace de esto mucho tiempo—, un gran señor, que estaba en el balcón, vió cómo un niño discutía con otro; tales eran las razones de este niño, tales su desembarazo y elocuencia, que el señor lo mandó entrar en su palacio. Y ésa fue la fortuna de aquel niño, que se llamaba Luisito Sarriá. En las historias de la literatura española habréis visto muchas veces su nombre, que en la religión que abrazó el niño era el de fray Luis de Granada. ¿Sería un bien o sería un mal el que la buena mujer que vino con los dos niños a Madrid no pudiera encontrar protección en el señor de la calle Ancha? Si uno de estos dos niños hubiera sido protegido por el gran señor, ¿no hubiera tomado su vida un rumbo distinto del que, felizmente para España, para los trabajadores, para todos los que sufren, tomó? Estos dos niños se llamaban uno Manolín, el otro Pablito; en su tierra hacían del nombre Pablo otro diminutivo; nosotros damos a este niño el nombre que nos parece más cariñoso. Como la madre de fray Luis de Granada fue lavandera, así la madre de Pablito y Manolín fue lavandera también para poder vivir. Y los niños fueron internados en un establecimiento de beneficencia. ¿Sabéis lo que son, a veces, no todas, estos establecimientos en que se da albergue a los niños pobres?

## Historia de un niño

=De Crisol. Madrid=



Pablo Iglesias

Pues son casas de martirio; siempre hay un personaje oficial, sin entrañas, en quien el dolor de los niños no hace impresión; siempre hay almas duras que se lucran con el dolor, con la salud de los niños asilados. Manolín y Pablito eran débiles; habían llevado una niñez de privaciones; sus pechos se resentían; sus caritas estaban pálidas. Y aquí, en esta casa donde los metieron, sufrieron mucho. Pablito logró escaparse; Manolín murió después. Estaba sola en el mundo la buena mujer; Manolín ya no podía acompañarla; tenía a Pablito. Como los trabajos de lavandera daban poco, Pablito se lanzó a buscar algo en que trabajar. Comienza la vida heroica de este niño. Si antes, con visión capital, lo hemos visto sufriendo en un establecimiento benéfico, ahora lo iremos viendo desenvolverse poco a poco, con mil trabajos, con afanes, con dolores, con sufrimientos. De su estancia en el benéfico establecimiento le quedará siempre a este hombre un rescoldo íntimo, profundo, de amargura. Tengamos presente en todo momento esta levadura íntima que Pablo ha formado en el fondo de su ser durante los meses que en el establecimiento benéfico pasara. Lo que somos de niños, somos de hombres; la impresión esencial que hemos recogido en la vida cuando éramos niños será la impresión que ha de dominar durante toda nuestra existencia. Pablo tendrá siempre para el oprimido, para el explotado, para el doliente, esta piedad profunda, que él, en su infancia, recogiera mirando y considerando su propio ser. Vemos a Pablito siendo niño; lo vemos después, andando el tiempo, en el cuarto de una casa de corredor, una de esas casas en que las habitaciones dan todas a una galería. Vive aquí con su madre. Pero él necesita

estudiar en los momentos en que el trabajo le deja libre. De esta casa se trasladaron a otra. Pablo gana ya un buen jornal; pueden vivir él y su madre con cierto desahogo. Los años van pasando; el nombre de Pablo se va extendiendo. Le quieren todos; le conocen las gentes.

Un día muere la madre. El dolor es vivísimo. Desde la lejana provincia, hasta Madrid, en las horas adversas, que han sido casi todas, y en las placenteras, que han sido pocas, la madre ha acompañado al hijo; la mano de la madre, en esas horas de angustia y de alegría, siempre ha estado entre las dos manos recias y leales del hijo. Ahora Pablo se halla solo. Luchará por los que sufren, por los que trabajan. La primera visión que hemos tenido de Pablo ha sido en un caserón tétrico y terrible; la segunda, en el cuarto de una casa de vecindad. La tercera es en la sala ancha, fría, penumbrosa de la redacción de un periódico. La cama la ha puesto Pablo en el extremo de un pasillo; la mesa de trabajo, en la sala. No hay para cuidar la redacción—que es la redacción del primitivo *Socialista*— más que un anciano y dos viejecitas. El anciano se pasa el día en su trabajo, fuera de la casa; las dos viejas cosen a máquina. Hay silencio en la casa, que es lo que a Pablo le interesa. Para vivir, tiene una cantidad fabulosa. Claro que es fabulosa—ahora nos lo parece—por lo exigua. Con treinta y cinco pesetas vive Pablo espléndidamente. ¿Quién podrá ser superior a él? ¿Superior a este hombre que vive en el silencio de esta casa y que con su pluma y su palabra labora por un porvenir de trabajo y de justicia? Acordaos de que el fondo antiguo y primario que recogió Pablo siendo niño, ese fondo de profunda piedad, es el que hace ahora que la pluma de Pablo se mueva y que la palabra de este hombre sea elocuente. En la sala fría de la redacción, es el mismo que en los años de la niñez. Más tarde, ya famoso, adorado por las muchedumbres, le hemos de ver en su escaño del Congreso, erguido, airado, lanzando los más terribles anatemas. Y entonces será el mismo hombre también del caserón benéfico y de la sala de redacción. A través del tiempo, a lo largo de los años, la misma sustancia espiritual perdura. La vida nacional se ha ido desenvolviendo; crece el socialismo en España; se ganan elecciones legislativas; en los Ayuntamientos el socialismo cuenta ya con muchos representantes; se publican diversos periódicos en que el ideal socialista es defendido. Con el incremento del socialismo va ganando en relieve y en vigor, en popularidad y en adhesión cordial, la figura de Pablo Iglesias. Y Pablo Iglesias, siendo una gran figura en su país, siendo el alma del socialismo, es el mismo niño de antaño. Un niño ha sido siempre Pablo Iglesias; un niño que ha sufrido. Y ésa es precisamente su fuerza. Ser durante toda la vida un niño, un niño apia-